

ENTREVISTA

“El kirchnerismo ya dio
todo lo que podía”

4

>> **Martín Schorr**

Doctor en Ciencias Sociales (FLACSO) · Investigador del CONICET · Docente en la
Universidad de Buenos Aires y el Instituto de Altos Estudios Sociales

¿Qué balance hacés de la última década en términos económicos?

Primero diría que fue una etapa de crecimiento pero no de desarrollo, que parece una cuestión menor pero para mí es una definición. Hay elementos de ruptura importantes con la convertibilidad que tienen que ver básicamente con el rol de lo productivo y de lo financiero en uno y otro esquema. En aquel esquema, el corazón de la acumulación de capital estaba focalizado exclusivamente en lo financiero y en algunas cuestiones productivas, y hoy se desplaza hacia lo productivo, especialmente hacia el procesamiento de recursos naturales, y esto es un elemento de continuidad con la etapa anterior, el perfil de especialización. Que se desplace hacia lo productivo tiene dos aristas: la primera es la de las tasas de rentabilidad que dentro del capital productivo –el sector agropecuario, el sector minero, durante un tiempo importante el petrolero y todo lo que es la industria de *commodities*–, como dice la propia Presidenta “la juntaron en pala”, es decir ganaron muchísimo dinero. Pero también en términos estructurales. ¿Qué quiere decir esto? Que en una economía que no logró resolver, sino que más bien agudizó la cuestión de la dependencia externa, lo que hoy se llama la “restricción externa”, los dueños de los dólares son claves en la dinámica de funcionamiento del conjunto del sistema. En los ‘90 la alianza fue con el capital financiero y los acreedores externos. En esta etapa, la alianza estructural, por llamarla de alguna manera, se desplaza hacia el capital más concentrado de los sectores productivos. Y ahí está una de las paradojas de este esquema: discursivamente se presenta como un modelo distinto a los ‘90, como un modelo donde ciertos enemigos políticos tienen que ver con el campo o con la oligarquía. Pero en términos del movimiento del excedente y en términos estructurales esa oligarquía o esos sectores más concentrados constituyen el núcleo de ganadores por excelencia. Entonces, desde el punto de vista de sobre qué bases económicas pivotea la Argentina, hay un quiebre que tiene que ver con la salida de lo financiero y la creciente participación de lo productivo. Me parece

que todo lo que tiene que ver con los recursos naturales o las ventajas comparativas como determinantes de la inserción argentina en los mercados mundiales marca una línea de continuidad sustantiva.

La otra ruptura que creo que es muy importante tiene que ver con la creación de empleo y con la redistribución del ingreso que esto trajo aparejado. Pero en la medida en que el crecimiento no se traduce en un cambio del perfil de especialización –o sea en cómo la Argentina produce y se inserta en los mercados mundiales–, y esa producción está muy ligada a exportaciones con salario bajo, la redistribución del ingreso objetivamente tiene un límite. No hay una redistribución como en los '50-'60s, cuando los trabajadores ganaban buenos sueldos, y eso retroalimentaba la ganancia de los capitalistas industriales mercadointernistas. Ahora, como los sectores económicamente predominantes miran sobre todo el exterior a partir de salarios bajos, se genera una contradicción que me parece importante plantear. No es casual en ese sentido que a partir del 2008, cuando el gobierno después de la crisis con el “campo” empieza a pisar el acelerador en materia de redistribución, se dispara el proceso inflacionario. La inflación en mi caracterización marca el límite de este planteo, en el sentido de que apuesta a redistribuir el ingreso, pero como no hay cambio estructural en el perfil de especialización, hay algo que no cierra. Entonces la manera que tiene el capital, sobre todo estos capitales que venimos charlando, de vetar la política económica, de vetar la política redistributiva, es el proceso inflacionario. ¿Quiere decir esto que el poder económico es enemigo del gobierno? No, quiere decir otra cosa. Quiere decir que ante la pregunta de si hay o no un nuevo modelo, claramente no. Porque hay una contradicción estructural que está en la propia base de la apuesta política y del planteo económico. Digo esto para evitar hacerle el juego a la idea de que “el gobierno contra el poder económico”. A mí no me parece menor recalcar y enfatizar que ese poder económico ganó mucho dinero en esta década, y que estructuralmente es clave, porque sin las divisas que le aporta el modelo se cae.

Entonces en la alianza de clases que sostiene el modo de acumulación actual, lo que cambia con respecto a los '90 es la salida de los acreedores externos y el capital financiero, pero no hay un

"resurgimiento" de la llamada "burguesía nacional".

Esa es la clave. Hay un cambio en todo caso en cuál es la fracción que hegemoniza el bloque dominante. Lo que tiene que ver con el capital financiero, o cierto capital productivo que jugó en la bicicleta financiera, y los acreedores, quedaron afuera. Y ahí hay dos medidas que yo creo que son absolutamente conducentes a esto. Una es la cancelación con el FMI, el desendeudamiento, y otra es la reestatización del sistema previsional. Ese era el corazón de la especulación financiera en los '90. El eje se desplaza hacia lo productivo, pero el proceso de concentración de estos últimos años fue muy intenso, y eso vino asociado a la profundización de otro proceso de los noventa que es la extranjerización. Hubo una apuesta y se invirtió mucha plata para recrear una burguesía nacional, pero no se logró. Lo que se consolidó fue un puñado de grupos económicos tipo *Techint*, *Arcor*, *Pérez Companc*, que plantean la misma modalidad de inserción de la Argentina en el mercado mundial que el capital extranjero. Son furgón de cola de ese tren llamado capital extranjero. Y en el otro lado tenés estos capitalistas arribistas del juego, de la obra pública, como Cristóbal López, que ni pueden denominarse como "burguesía nacional". Entonces el proceso de extranjerización de la última década fue fuerte, y estuvo asociado a dos legados de los '90 que no revertimos: primero la Ley de Inversiones Extranjeras de la dictadura que sigue vigente; y segundo y fundamental, los tratados bilaterales de inversión. Argentina hoy tiene vigentes 55 de los 60 que firmamos en esa década. Entonces la Argentina el año que viene tiene que empezar a pagar algunos juicios que están saliendo a favor del capital extranjero, que se negocian y todo, pero son dólares que va a haber que pagar. Entonces la trama normativa y los procesos estructurales contradicen muy fuertemente esta búsqueda o este discurso de un capitalismo conducido crecientemente sobre bases nacionales. O sea, me parece importante remarcar y enfatizar que cada vez es más evidente la contradicción del kirchnerismo en términos de un discurso político que dice que la Argentina camina desde hace una década por determinados carriles, y los procesos estructurales que muestran que esos carriles van para otro lado. Digamos que desde el punto de vista económico, desde el punto de vista sobre todo del poder económico y de cierto legado de los '90 que se ha profundizado, me parece que cada vez es más evidente esa contradicción.

¿Qué ocurre en 2007/2008, que es señalado como un punto importante en el desenvolvimiento del modo de acumulación?

El principal problema es que antes del 2007/2008 hubo un crecimiento con un escenario internacional fantástico –que hoy sigue–, y sobre todo con un tipo de cambio muy alto, que redujo los salarios un 30 por ciento, y fue el puntapié para comenzar a crecer. Hasta el 2007 el corazón de la política económica y productiva fue el dólar alto. Porque con el dólar alto se generaban las divisas por la vía exportadora, y en ese marco se cobraban derechos de exportación y se sostenía una parte importante del superávit fiscal. O sea el superávit fiscal y el externo tenían en el dólar alto una razón central de ser. Ahora a partir del 2007/2008 el proceso inflacionario empieza a licuar el tipo de cambio. Y ahí se acabó el modelo. Si nos preguntamos si hay o no un nuevo modelo o si está agotado, para mí éste –aunque yo no lo llamaría “modelo”, sino más bien el esquema económico virtuoso del kirchnerismo–, se acabó en el 2007. A partir de ahí lo que se produce es un escenario donde el tipo de cambio es cada vez más pobre desde el punto de vista de proteger las actividades productivas y de estimular exportaciones, y empiezan a jugar todos los problemas históricos de un escenario de esas características en la Argentina. Todo conduce a la restricción externa. Y ahí el gobierno aplica un montón de medidas, algunas muy interesantes, pero todas tienen un denominador común que es que corren atrás de la coyuntura de cortísimo plazo. Entonces medidas que podrían ser interesantes desde el punto de vista de una discusión de un plan industrial, terminan quedando subordinadas a la necesidad de tener divisas. Me parece que en las dos etapas, hasta el 2007/2008, y de ahí hasta nuestros días, si bien puede observarse un cambio en la modalidad de la intervención estatal, lo que ordena todo es la macro. En el primer momento, porque tu apuesta era el dólar alto y sostener eso a como dé lugar, y ahí el corazón del capital cerró filas con el kirchnerismo, eso hay que decirlo. Y a partir de 2007/2008 cuando empiezan las tensiones y se da esa derrota política con los sectores del campo, cambia la intervención pero la lógica es la misma: la macro sobredetermina las decisiones de política productiva y demás. Con lo cual, instrumentos que en un contexto determinado podrían apuntalar un proceso industrial interesante, sólo terminan evitando que la Argentina tenga falta de divisas.

Y en este marco, ¿cómo juega la crisis internacional y qué perspectivas tenés al respecto?

La crisis está y nada indica que vaya a aminorar, por lo menos en el corto plazo. Pero ahí hay un tema que me parece importante plantear. Nosotros tuvimos, producto de la falta de una política industrial y productiva, el proceso de reprimarización de los '90, y digamos que la debilidad en el tejido productivo se mantuvo, por no decir que se profundizó. Hoy después de 10 años de un ciclo internacional impresionante, salvo el 2009 y estos años, con un tipo de cambio inusualmente alto, se sigue dependiendo de “San Soja”. Entonces ahí está bien clara la limitación. ¿Y qué quiere decir esto? Que si se modifica un poco el precio de la soja, como todo indica para el año que viene, hay que ajustar la economía. Pero desde el punto de vista político es importante también, porque los que producen soja, que son el “gran enemigo político”, son los grandes ganadores del esquema desde el punto de vista estructural. Porque sin eso que ellos generan, que son dólares por vender el “yuyo maldito”, sin eso no hay acumulación de divisas y no hay holgura fiscal. Con lo cual el poder de veto y la capacidad de daño no es sólo política, sino estructural. Porque no hay crecimiento de otra manera que no sea por esa vía, habiendo renunciado al endeudamiento –que me parece muy bueno–, habiendo consolidado el proceso de extranjerización –y eso implica una presión muy fuerte en términos de salida de divisas– y habiendo tenido crecimiento pero no una política industrial. El año pasado la industria cerró con un déficit de 5.000 millones de dólares, a pesar de los mecanismos de protección aplicados. En un escenario de extranjerización, crisis energética como aspecto crítico (que tiene que ver con haber sostenido los pilares centrales de la política energética del neoliberalismo), deuda (el año que viene vence una cantidad importante), en suma, de mucha presión sobre el sector externo que sólo es financiado por la soja, se acumula un poder económico y de veto, y una contradicción, porque el enemigo político es el salvador económico. Entonces hay algo que está mal.

¿El núcleo del “crecimiento sin desarrollo” reside en la falta de política industrial?

Los dos sectores donde más marcadamente hay crecimiento pero no

desarrollo son energía e industria. La reestatización de YPF –que celebramos–, implicó la devolución de una empresa vaciada desde el punto de vista financiero, económico y productivo, debido a un comportamiento relacionado con una política energética determinada. Si uno toma el informe Mosconi y hace los mismos gráficos para el resto de los actores del sector, se observa el mismo comportamiento. O sea, no es un tema de Repsol como pulpo imperialista –que lo es– sino que el problema es cómo los incentivos públicos ordenan determinado tipo de conductas conducentes a eso. Y con la industria es lo mismo: hubo un crecimiento fuerte hasta el 2007 de la mano de un tipo de cambio muy alto. Cuando éste se agota, empiezan de vuelta los problemas. Y donde el gobierno durante mucho tiempo renunció a dar una discusión, o a aceptar algún debate, fue respecto de las características de la estructura industrial. Donde efectivamente hay problemas de competitividad muy serios, que no tienen que ver tanto, o sólo, con la debilidad de nuestros empresarios, sino también con la falta de política. Entonces, cuando vos renuncias a discutir eso todo termina girando alrededor del tipo de cambio, para devaluar y bajar salarios. El gobierno, a pesar de tener un discurso industrialista, “por defecto” le termina haciendo el juego a los sectores que piden una devaluación, que piden resolver esto con una caída de salarios. Entonces me parece que esos dos sectores te marcan claramente hoy desde el punto de vista productivo esta idea de crecimiento sin desarrollo.

Pero quiero dejar marcado que esto no es el menemismo. Hay cosas que cambiaron, para bien y para mal, pero que son distintas respecto de la etapa anterior. Me parece que una caracterización del bloque histórico, más sociológica, de lo que nos pasó en esta década, si concluye que esto es el menemismo, está mal. Ahora, tampoco es lo que el kirchnerismo dice de sí mismo. Desde el punto de vista económico yo estoy obsesionado con esto de enfatizar las contradicciones, porque ahí hay algo que no cierra. Porque si es correcto lo que yo digo hay dos opciones: revisar el discurso o, más interesante, revisar la práctica estatal que habilita, por acción u omisión, determinados comportamientos. Bueno, ahí es donde no hay discusión. Porque cualquier aspecto crítico que se aporta a la discusión es “izquierdista” –y es la respuesta que te dan– o un argumento “funcional a la derecha”. En los dos casos es decir “ustedes no son interlocutores”. En los trabajos que hacíamos con Azpiazu en 2004/2005, muchas de estas cosas en

términos energéticos y en términos industriales las planteábamos. Insisto, esto no habla bien de nosotros como investigadores, porque era una obviedad que iba a pasar esto. Los economistas usan la fórmula *ceteris paribus*, o sea “si todo sigue igual”, y siguió todo igual, y una a una las hipótesis se fueron cumpliendo. Entonces me parece que lo que está claro es que no se puso en discusión nada.

¿Qué hubiese implicado una política industrial que genere desarrollo? ¿Se puede pensar en el marco del capitalismo del siglo XXI una política emparentable a lo que fue la ISI o hay que pensar otra estrategia de desarrollo?

No, hay que pensar otra porque está claro que el mundo es otro. Por ejemplo, uno de los rubros más deficitarios que tiene la Argentina en términos industriales son los bienes de capital, o sea las maquinarias y equipos que usamos para producir. El año pasado hubo déficits muy importantes, de los cuales alrededor de un 15 o 20 por ciento es de bienes de capital que la Argentina está importando pero que produce localmente. Es decir, lo que se ve es que muchas veces en lugar de sustitución de importaciones, lo que ha habido es un proceso que nosotros llamamos de “sustitución inversa”. La discusión del plan industrial es para mediano y largo plazo, y eso amerita una construcción política importante. Pero a cortísimo plazo, en este escenario de restricción externa donde hay que empezar a romper la centralidad, el poder de veto de los dueños de los dólares, la sustitución de importaciones a partir de la masa crítica existente es un paso central. Ahora, con eso no alcanza. Identificados esos cien productos, vos tenés que ir como Estado y ver cuáles son las empresas, qué necesitan, qué tipo de competitividad les está faltando, etc. O sea, no es tampoco a cortísimo plazo, hay mucho esfuerzo que hacer. Pero cuando nosotros identificamos esa masa crítica, en el Ministerio de Industria te dicen: “bueno, está bárbaro esto, pero nosotros no financiamos ineficiencia”. ¿Cómo la miden? “Por costo. Si el precio de hacer tal o cual bien acá es mayor que traerlo de afuera, lo traemos de afuera”. Eso decía Cavallo en los ‘90. Entonces me parece a mí que hoy tendrías de dónde agarrarte en algunos rubros específicos, sobre todo los más deficitarios, para iniciar una reindustrialización incipiente, pero que absorbería menos dólares. Entonces ahí comenzaría a cambiar un po-

quito la ecuación de poder. Pero el principal escollo es el gobierno, o los funcionarios que están ahí pensando qué hacer con la industria. Entonces, si sólo prima el criterio del costo como ha sucedido hasta hoy, todo eso genera una presión tremenda en la balanza comercial porque consume muchos dólares. Reproducir el esquema heredado de la etapa anterior refuerza el *statu quo*.

¿Por qué creés que sigue primando esa matriz para la industria?

Alguno dirá que es porque Débora Giorgi es neoliberal. Pero no lo sé. Lo cierto es que es así, y es lo que hay que juzgar. El tema es que tienen que frenar la presión por la devaluación. Pero cuando la macro ordena todo, lamentablemente la devaluación parece ser cada vez más inevitable. Ahora, ¿esto es producto de una pulseada que el gobierno pierde con los sectores dominantes, o es la consecuencia casi ineludible del desempeño de las políticas públicas? Para mí es esto segundo.

¿Cómo se puede avanzar en este programa de desarrollo a partir de las condiciones económicas, sociales y políticas que estamos charlando?

Está claro que el capital transnacional o esta burguesía no van a ser el sujeto transformador. Con lo cual no quedan muchas opciones. O el Estado, o los trabajadores, o los trabajadores en el Estado y a través de eso generar alternativas. A mí me parece que la única respuesta a eso es el Estado. Ahora, sabemos que el Estado es un aparato de gestión y de correlación de fuerzas. Como aparato de gestión está destruido. Hay un trabajo muy fuerte por pensar, desde nuestros sectores, cuál es “el estado del Estado”. Y el otro tema es la correlación de fuerzas. Es bien complicado pensar que los sectores populares están en una fase de fortaleza en términos políticos. Entonces, creo tener claro que la respuesta tiene que ver con el Estado, pero mi visión respecto del mismo en esta doble visión es muy pesimista. Pero si no es a través del Estado es muy difícil, diría que casi imposible.

¿Qué rol te parece que juega la integración regional para generar

un proceso de desarrollo alternativo y autosustentado?

Creo que la integración regional que hoy tenemos no es buena, porque en realidad el MERCOSUR es una ampliación del mercado para las grandes transnacionales. A mí me parece que hay un potencial importante por la vía de la integración regional más al estilo del que impulsaba Chávez, el ALBA. Ahí es más dable pensar la ampliación del mercado interno ligado al consumo de los sectores populares y la complementación productiva. Argentina firmó con Venezuela acuerdos de complementación para maquinaria agrícola, nos mandaban petróleo, les mandábamos alimentos. La industria de proveeduría de petróleo nuestra puede jugar en Venezuela, en Ecuador, en los demás países. O sea, la integración es importantísima, pero no ésta. Y creo que el escenario internacional hoy para América Latina es muy desfavorable. Para mí lo peor que nos pasó es la muerte de Chávez, él era el único que tenía claras estas cosas.

El otro tema es el ALCA "reloaded", que son los tratados de libre comercio con México, América Central, Perú, Colombia, Chile, Uruguay (que nunca se sabe), entonces el escenario latinoamericano hoy es bien complicado. Por lo tanto, en un escenario donde Estados Unidos avanza en este sentido, me parece que es importante la integración también desde el punto de vista político. No es solamente un tema económico, aunque dada la crisis internacional, la ampliación de la integración económica podría ofrecer un dique de contención desde lo político.

Ahora, lo cierto es que cuando vino el presidente chino hace un par de años, Argentina se sentó a negociar en una mesa y Brasil en otra. Después Dilma y Cristina se sacan la foto de rigor, pero la integración de hecho que tenemos es mala, desde nuestro punto de vista. Y tejer alianzas con China implica el esquema que nos proponía Gran Bretaña en el siglo XIX, que es mandar recursos naturales e importar todo. Esto se vio hace poco con las centrales hidroeléctricas en Santa Cruz, donde toda la tecnología y el financiamiento son chinos, y una parte importante de esa tecnología se produce acá. O sea, se perdió la oportunidad de usar la central "Néstor Kirchner" para reindustrializar un poquito el país. Entonces, yo le daría mucha importancia a la integración en un plano económico en este escenario de crisis, y en un plano político en esta nueva búsqueda de Estados Unidos por

lograr vías alternativas ante la caída del ALCA. Y la verdad es que les está yendo muy bien, lamentablemente.

Finalmente, ¿qué perspectivas tenés para la economía argentina en el corto plazo? ¿Está a tiempo el gobierno de empezar a revertir esta situación?

Creo que el kirchnerismo ya dio todo lo que podía. Que después de 10 años tenga que prenderle la vela a “San soja”, y pedirle a Scioli que lo salve, muestra que esto está terminado, por lo menos desde mi punto de vista político. Desde la perspectiva económica, yo no hago futurología, pero me parece que se vienen años muy complicados. Cuando se observa cuáles son las opciones electorales que se van barajando para 2015, sobre todo dentro del peronismo, que es el que seguramente nos siga gobernando, me parece que el poskirchnerismo tiene más cara de derecha económicamente hablando, que de otra cosa. Yo soy muy pesimista, me parece que lo máximo que dio el kirchnerismo fue hasta 2007/2008, y esto ya es insustentable, porque hay déficit fiscal, hay un problema externo muy grande, ya no existe aquello que en otro momento permitió sostener cierta redistribución y crecer fuerte. Entonces tampoco el kirchnerismo puede ser, me parece, el gobierno que procese el ajuste, porque eso sería ir en contra de su base social. Pero es claro que alguien va a tener que hacerlo, ya que nos fueron conduciendo a ese escenario. Muchas de las cosas que el kirchnerismo hizo son positivas, pero terminaron “cayendo en saco roto” por las cosas que no hizo, y que hoy marcan un límite muy complicado.